

mientras brillan encendidas sobre el jaspe de sus galas  
tus nostalgias infinitas y tus ansias pesarasas!

Ven con tus dos mariposas al jardín donde te espera  
para la sabrosa fiesta mi cáliz de labios rojos;  
bíbeme gota por gota la esencia, y haz que me muera  
bajo una gloria tejida con las alas de tus ojos,»

He aquí otro aspecto del núnmen de la poetisa. Cómo  
todas las naturalezas hypersensibles, su vida es amarga  
y sólo pide la muerte para descansar de todos los sinsa-  
bores que trae la anormalidad de la mente:

### Invocación

¡Oh noche embriagadora  
hecha de soledad y de desesperanza,  
que brindas en tu copa de azabache y de estrellas  
sobre la tierra ardiente en quietud derramada!...

Noche de las delicias mudas y negativas  
de que gozan los muertos vivos como fantasmas,  
abrochando en la sombra su carnal vestidura  
marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,  
perdón de penitentes que nunca hicieron nada  
más que cargar a solas el pesado madero  
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día  
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,  
cuando las ondas vivas su vibración aquietan  
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos  
el numen secular su inspiración levanta  
del fondo de los tiempos para siempre extinguidos  
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda  
al que doró su tienda con oro de esperanza,  
pero yo sé que sabes con amorosa ciencia  
tenderte suavemente sobre el alma cansada.

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura,  
la rúbrica del «Fin» está en tu obscura mancha,  
aunque a besarte vengan en sus carros sonoros  
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos  
relucen en la bóveda de tu urna sagrada,  
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos  
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.

Dale a los beneditos que todavía sueñan  
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata.  
y a mí, que te deseo inextinguible y única,  
dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermana!

Y con este verso cerramos la ventana por donde vi-  
mos el templo de amor que alzaba la poesía de María Eu-  
genia Vaz-Ferreira. El es de silentes proporciones y le  
alumbra en toda su faz, un puro rayo del infinito.

A. NIN FRÍAS.

(Concluirá en el  
número próximo).

## La obra y la vida de Benito Mussolini...

(Viene de la página 119).

tralistas, los partidarios de los imperios cen-  
trales. Se le acusa de estar vendido a Fran-  
cia. En Italia, como en todas partes, la  
gente se halla lista a tachar de venal al  
hombre que sigue una ruta independiente.  
Sus enemigos levantan un auditorio inmenso  
contra él en Milán. Se le silba, se le insulta,  
se le amenaza. Soberbio y dominador, desa-  
fía el furor popular diciendo:

—*Voi oggi mi odiate perché mi amate  
ancora.*

«Vosotros me odiáis hoy porque todavía  
me amáis».

Hé ahí una de las frases que le dieron el  
triunfo. Vienen del alma y van al alma. Su  
carrera de periodista y de orador es fértil en  
esa especie de frases. Su verbo es caluroso y  
matizado. Nada de adornos superfluos. Su  
palabra escrita o hablada está al servicio de  
un pensamiento recto y rápido. Su fuerza  
está en su convicción. Me gustaría citar al-  
gunos ejemplos, pero no hay espacio. Con-  
tentémonos con decir que, si el estilo es el  
hombre, el suyo está constituido todo por  
arranques que salen de lo más profundo del  
ser.

Tan pronto como Italia tomó parte en la  
guerra, el año de 1915, Mussolini quiere  
adelantarse al llamamiento de su clase y  
enrolarse en las filas de combatientes. Lo

rechazan. Insiste y entra como simple sol-  
dado en el Reg. 11 de bersaglieri. Se hace  
enviar al áspero Carso, en las trincheras de  
nieve, bajo el bombardeo feroz. El resto,  
todo el mundo lo sabe. Dos veces sepultado,  
cinco herido, modelo siempre de estoicismo,  
este revolucionario y padre de familia, se  
muestra como un maravilloso soldado.

Obtenida la victoria, Benito Mussolini no  
piensa sino en la patria. No tarda en com-  
prender dónde está el porvenir del pueblo  
italiano, extraviado un momento por el es-  
píritu enemigo y por la infección bolchevi-  
que. Frente al desorden, erige el orden, sin  
retroceder ante las represiones sangrientas,  
por rudas que resulten.

En torno del *fascio* simbólico, los anti-  
guos combatientes, la juventud, los intelec-  
tuales, se han agrupado acudiendo a su lla-  
mamiento. El bolchevismo ha sido vencido  
e Italia está salvada.

Doce meses han pasado desde el día en  
que Mussolini marchó sobre Roma a expul-  
sar del poder a un gobierno débil, prisionero  
de fórmulas caducas. Y allí donde Lenin,  
lleno de odios, fué incapaz de reconstruir,  
Mussolini, equitativo ha reedificado. La  
calma se ha restablecido. Ha renacido la  
confianza. Y sea el que fuere el porvenir,

ha hecho por lo menos esto: ha contenido  
con mano férrea a Italia inclinada sobre el  
abismo, lista a caer, y la ha levantado.

El es el primero en saber que eso tan sólo  
fué el comienzo de una tarea gigantesca.  
Pacientemente, ardientemente, su energía  
prosigue la obra. Que viva, que dure, que  
encuentre los hombres indispensables a sus  
proyectos, e Italia verá cumplirse el destino  
que concibió al darle oídos: ser un gran  
pueblo, joven, fuerte, generoso, resultado  
de las cenizas del pasado romano, del pasado  
medieval, del pasado de ayer. Dueño de  
sus destinos en Europa, en el Mediterrá-  
neo, más allá de los mares, en el mismo  
pie de igualdad con las demás naciones,  
este pueblo extenderá a lo lejos la paz ro-  
mana. Una paz nueva, no la impuesta por  
las armas al precio de violencias fratricidas,  
sino la paz de una civilización fraternal que  
organice la tierra limpia de esclavitud; una  
civilización hecha esencialmente de justicia  
y de solidaridad, tal es el fondo del *musso-  
linismo* que hoy se sustituye al *fascismo* pri-  
mitivo, arrastrado en ocasiones más allá  
de los límites queridos por su jefe victo-  
rioso.

Al conversar con Benito Mussolini, me  
he propuesto, sobre todo, discernir las ra-  
zones por las cuales es tan atrayente su per-  
sonalidad. ¿Predestinado? Sin duda. ¿Simpá-  
tico? Seguramente. ¿Apóstol? Sin discusión.  
¿Periodista, orador, poeta, artista, músico?